

Migraciones

León XIV en las Islas Canarias

**Migración,
dignidad humana
y compromiso
cristiano**





Sumario

01 · Incluso uno solo de estos pequeños

01 · Detengo mi mirada ante el cartel

Fernando Redondo Pavón

02 · Mensaje de los obispos de la Subcomisión

04 · A fondo

04 · *El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí mismo* (Mt 18,5)

Lorenzo de Santos Martín

07 · La acogida a la infancia y juventud migrante desde las Plataformas Sociales Salesianas

Jota Llorente

10 · Experiencias de acogida

10 · De África a Canarias, y de Canarias a Palencia

Delegación Diocesana de Palencia

12 · Abderrazak y Anas, dos migrantes acogidos en Zaragoza

Delegación Diocesana de Zaragoza

14 · Testimonio de un joven y su duelo migratorio

Delegación Diocesana de Mondoñedo-Ferrol

16 · Cuando la Iglesia se hace casa y familia para los más pequeños

Franciscanos de la Cruz Blanca

18 · Jornada de Delegados y Agentes de Pastoral con Migrantes

Guadalupe García Corigliano

21 · Frutos de la regularización extraordinaria

21 · Las lágrimas de Ibra

Xabier Parra

24 · El mensaje de León XIV desde Canarias

Fernando Redondo Pavón

28 · Red Eclesial de Hospitalidad en la Ruta Atlántica

Fernando Redondo Pavón

31 · Vigilia de oración

Delegación de Migraciones de la Diócesis de Guipúzcoa

Conferencia Episcopal Española
Subcomisión Episcopal
para las Migraciones y Movilidad Humana
Departamento de Migraciones

Editorial EDICE
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 · 28033 Madrid · Tlf. 91 171 73 99
E-mail: edice@conferenciaepiscopal.es

Diseña y maqueta: Juan Salvador

Fotografía de portada: © Vatican Media

Imprime: Comeco Gráfico



Detengo mi mirada ante el cartel

Fernando Redondo Pavón

Director del Departamento de Migraciones CEE



Al contemplar este cartel, siento que el mundo se detiene un instante, como si la vida susurrara algo que normalmente pasa desapercibido. Lo primero que siento es una llamada a detenerme, a bajar el ritmo y a mirar de verdad a las personas que suelen quedar en los márgenes. La frase *Incluso uno solo de estos pequeños* me mueve por dentro, porque me recuerda que a veces el mundo habla de migrantes y refugiados como si fueran un concepto abstracto, una cifra o un problema. Pero en realidad, detrás de todo eso, hay rostros frágiles, historias silenciosas y vidas heridas que dependen del gesto de alguien que decide acercarse.

Hay algo profundamente humano en la escena: un adulto que se inclina, que baja hasta donde están los niños no para imponerse, sino para encontrarse con ellos. Ese gesto sencillo, casi invisible para quien no mira con el corazón, tiene la belleza de lo esencial: la

ternura que vence la indiferencia. Este gesto me invita a pensar que la atención a las personas migrantes no empieza en políticas enormes o discursos grandilocuentes, sino en la capacidad de mirar al otro a los ojos, de reconocer su valor, de estar presente.

«Los niños retratados me recuerdan la realidad de tantas infancias marcadas por la pobreza, el desplazamiento forzado o la búsqueda de un futuro mejor».

Con ello, el cartel invita a mirar más allá de las cifras y a ver rostros, nombres e historias reales. Invita a recordar que cada niño es una promesa que no debería naufragar en ninguna frontera, ni exterior ni interior. Ellos no eligen migrar, no eligen la dureza del camino ni las pérdidas que conlleva, simplemente son condenados a ello; y aun así, en su situación de vulnerabilidad, se convierten en símbolo de esperanza.

La contemplación de este cartel me hace preguntarme cuántas situaciones de injusticia normalizamos sin darnos cuenta, y cuánto podría cambiar el mundo si cada uno de nosotros se atreviera a acoger y hacerse responsable «aunque sea de uno solo de estos pequeños».

En el fondo, el cartel me hace recordar algo que me dijeron hace mucho tiempo: que no se trata de salvar al mundo, sino de ser verdaderamente humano y no mirar hacia otro lado, de entender que nuestra compasión tiene consecuencias reales, y que, cuando acogemos y cuidamos de alguien vulnerable, también nos descubrimos a nosotros mismos más humanos, más sensibles, más necesitados y más conscientes del don de la vida.





Incluso uno solo de estos pequeños

Mensaje de los obispos de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal Española.

El lema «Incluso uno solo de estos pequeños», inspirado en el texto evangélico de Mateo 18,5, resuena hoy con una fuerza particular en medio de una realidad marcada por la movilidad humana a gran escala. Para nosotros lo hace especialmente, pues nos sirve para revivir a nivel personal y comunitario la experiencia vivida con intensidad durante el viaje del papa a Canarias. Sus gestos, discursos y mensajes movieron nuestras conciencias, compromisos y actitudes. No es un lema abstracto ni meramente espiritual: es una afirmación profundamente concreta que interpela nuestra conciencia individual y colectiva. En un tiempo en el que los flujos migratorios se analizan con frecuencia desde cifras, porcentajes o discursos políticos, esta expresión nos obliga a detenernos y a cambiar el enfoque. Nos invita a mirar más allá de las estadísticas y a reconocer el valor único e irrepetible de cada niño, niña o adolescente migrante.

«Incluso uno solo» es una formulación que rompe con la lógica dominante de lo cuantitativo. En muchos debates actuales, la relevancia de una situación parece medirse por su magnitud: cuántos llegan, cuántos se quedan, cuántos suponen un coste o un beneficio. Sin embargo, este lema nos sitúa en una perspectiva radicalmente distinta, tal como nos recuerda el papa León XIV en su reciente encíclica *Magnifica Humanitas*: la dignidad humana «pertenece a todo ser humano simplemente por el hecho de existir (...). No se adquiere, no debe ganarse ni necesita ser demostrada» (MH 52-53). Una sola vida tiene un valor infinito. Un solo niño migrante, con su historia, sus miedos, sus esperanzas y sus he-

ridas, merece toda la atención, toda la protección y todo el respeto.

Humanizar nuestra mirada y recuperar la dimensión personal es esencial para construir una sociedad más justa y es uno de los grandes desafíos que plantea este lema. Cuando miramos a un niño migrante y lo reconocemos como alguien único, con sueños y capacidades, cambia nuestra forma de relacionarnos con él. Deja de ser un problema que gestionar para convertirse en una persona que acoger y con la que encontrarse. Lo expresó muy bien el papa en Canarias cuando dijo que la conversión de la mirada comienza «cuando el migrante deja de ser “uno más”, deja de ser una categoría y una cifra. Solo entonces comprendemos que esa niña podría ser nuestra hija, esos rostros parte de nuestra familia; y entonces, la conciencia se queda sin excusas» (*Discurso en el muelle de Arguineguín*).

Este cambio de mirada no es solo emocional, sino también profundamente ético. Cuando decimos «incluso uno solo», estamos afirmando que no existen vidas descartables. En un mundo donde a menudo se normalizan dinámicas de exclusión, ya sea por origen, situación legal o condición social, este lema actúa como una denuncia silenciosa pero firme. Todo migrante, también los menores, posee una dignidad intrínseca que no puede ser ignorada ni relativizada.

Desde la perspectiva evangélica, esta afirmación adquiere aún mayor profundidad. Acoger a uno de estos pequeños no es simplemente un acto de generosidad o de filantropía. Es, según el propio Evangelio, un encuentro directo con Cristo (cf. Mt 18,5). Esta idea transforma completamente el modo en que entendemos la acogida. Ya no se trata de una opción entre otras, ni de una respuesta condicionada por intereses o conveniencias. Se convierte en una gracia, en un don y en una exigencia que toca el núcleo de nuestra fe. En cada niño migrante se hace presente una llamada que no puede ser eludida sin consecuencias para nuestra propia identidad como personas y más aún como discípulos de Jesús.

Esta dimensión espiritual no excluye, sino que refuerza, la responsabilidad social y política. Reconocer la dignidad sagrada de cada menor implica también comprometerse con la defensa efectiva de sus derechos. Muchos niños, niñas y adolescentes migrantes viven en situaciones de extrema vulnerabilidad. Sus derechos más básicos como la seguri-



dad, la educación, la salud, la protección familiar, están frecuentemente amenazados o directamente vulnerados.

No se trata de casos aislados, sino de una realidad estructural que atraviesa fronteras. Hay menores que emprenden viajes peligrosos, sin disfrutar del derecho a un ambiente familiar que los proteja y eduque, exponiéndose a redes de trata, a la explotación o a la violencia. Otros llegan a destinos donde se encuentran con barreras legales, sociales e ideológicas que dificultan su integración. Algunos permanecen en sistemas de acogida saturados, sin el acompañamiento adecuado. Y muchos, incluso los que se desplazan junto con sus familias, cargan con experiencias traumáticas y experiencias de duelo y de rechazo que marcan profundamente su desarrollo e integración futura. La infancia se convierte en el grupo más vulnerable de los migrantes.

Ante esta realidad, el lema «Incluso uno solo de estos pequeños» nos impide refugiarnos en la indiferencia. Nos invita a dar un paso más allá de la simple compasión. Es necesario traducir esa sensibilidad en acciones concretas, en políticas justas, en estructuras que protejan y promuevan el desarrollo integral de cada menor.

Este compromiso debe manifestarse en distintos niveles. En el ámbito personal, implica abrir los ojos y el corazón; dejar de ver al migrante como un «otro» distante y reconocerlo como un prójimo cercano. Supone cuestionar prejuicios, informarse, implicarse en iniciativas de apoyo o voluntariado. En el ámbito comunitario, significa construir entornos acogedores que contribuyan a una cultura del encuentro y a crear comunidades acogedoras que se conviertan en nueva familia, donde la diversidad no sea percibida como una amenaza, sino como una riqueza. Y en el ámbito institucional, exige políticas que garanticen protección, defensa e integración, poniendo en el centro la dignidad de la persona.

El lema también nos interpela en relación con nuestras prioridades como sociedad y como Iglesia. ¿Qué lugar ocupan los más vulnerables en nuestras prioridades pastorales, en las decisiones políticas y económicas? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a invertir recursos en su protección y desarrollo? ¿Qué tipo de mundo estamos construyendo si permitimos que niños y niñas crezcan en condiciones de inseguridad y exclusión?

«Todo migrante, también los menores, posee una dignidad intrínseca que no puede ser ignorada ni relativizada».

Responder a estas preguntas no es sencillo, pero es imprescindible. La verdadera justicia no se mide por el bienestar de la mayoría, sino por la forma en que se trata a quienes están en los márgenes. Los menores migrantes son un espejo que refleja nuestras incoherencias, pero también nuestras posibilidades.

No queremos terminar este mensaje sin dirigir una palabra a los que ya camináis al lado de los niños, niñas y adolescentes por los caminos de la migración. Muchos lo hacéis en organizaciones de la Iglesia, llevando a cabo proyectos de acogida, acompañamiento e integración. Gracias y mucho ánimo. No os canséis de ayudar, de acoger, de cuidar y de proteger. Que encuentren en vosotros el apoyo que necesitan para madurar y llegar a ser los adultos que, viviendo en sus carnes la experiencia de la acogida y del encuentro, recreen esta sociedad que les necesita y necesitamos.





El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí mismo (Mt 18,5)

Comentario bíblico en torno al lema de la 112 JMMR.

Lorenzo de Santos Martín

Profesor del Instituto Superior de Pastoral (UPSA)

El texto evangélico escogido para esta jornada forma parte del denominado «discurso eclesial» en el Evangelio de san Mateo. Tras haber presentado los tres discursos previos —el programático de la montaña (caps. 5-7), el misionero (cap. 10) y el parabólico (cap. 13)—, el evangelista aborda aquí las tensiones internas de la comunidad cristiana primitiva. Su propósito es definir cómo deben afrontarse tales desafíos para responder con fidelidad al seguimiento de Jesús.

En este horizonte, la elección de este versículo por parte del papa León XIV debe comprenderse como un llamamiento directo a la Iglesia de hoy, actualizando las palabras de Jesús para que iluminen la realidad de los menores y personas vulnerables en el contexto de las migraciones globales. Esta interpelación plantea tres interrogantes esenciales: ¿por qué los pequeños?, ¿por qué estas palabras de Jesús?, ¿por qué recibir a un pequeño?



1. ¿Por qué los pequeños?

Es preciso advertir, en primer lugar, el carácter contextual de la traducción española de este versículo. A diferencia de las versiones en inglés (*child*) o en italiano (*bambino*), que enfatizan la condición de la niñez, el texto en español opta por el término «pequeños». Esta variación terminológica exige una profundización exegética para captar toda la vigencia del mandato evangélico.

El texto original griego utiliza la palabra *paidión*. Su traducción en nuestro idioma como «pequeño» responde a una lectura que rescata el trasfondo sociocultural de la época. La visión contemporánea heredada de la Ilustración, que idealiza la infancia como una etapa de dulzura e inocencia, dista por completo del mundo grecorromano y judío. En la antigüedad clásica, la niñez se asociaba con la ignorancia y la estricta necesidad de instrucción. Por su parte, en el ámbito judío, aunque los hijos se consideraban una bendición divina, socialmente engrosaban la categoría de los desvalidos y marginados.

El niño simbolizaba la impotencia y la insignificancia; eran seres débiles que carecían de valor en el presente y cuya supervivencia dependía enteramente del cuidado familiar. Si a esto añadimos que en la literatura helenística *paidion* designaba también al siervo o al esclavo, resulta natural que se prefiera la traducción «pequeño», puesto que subraya esta condición de vulnerabilidad social y evita equívocos con el concepto idílico actual.

Por tanto, la figura del niño encarna la marginalidad, la exclusión de los roles sociales y el alejamiento de las estructuras de poder. No se trata, bajo ningún concepto, de una apología de la inmadurez espiritual. Al contrario, Jesús apela a una humildad que trastoque el pensamiento helenista —donde el humilde era despreciado— para entroncar con la tradición bíblica, donde significa reconocer el propio desvalimiento y poner toda la confianza en Dios.

Esta opción traductora se consolida en el versículo siguiente (Mt 18,6), donde se emplea el término *mikrós* («pequeño»). No estamos ante un giro arbitrario, sino ante una constante en el relato de Mateo. Ya en Mt 10,40-42 se vinculaba el verbo «recibir» con los «pequeños», identificándolos con las personas menospreciadas y carentes de reconocimiento social. Hasta este punto del Evangelio, los pequeños no poseen una descripción detallada; se definen simplemente por su necesidad y vulnerabilidad. De este modo, los cristianos de cualquier época histórica estamos llamados a descubrir quiénes encarnan hoy esa misma condición en nuestros entornos, preguntándonos: ¿quiénes integran hoy este grupo?, ¿qué amenazas enfrentan?, y ¿cómo llegaron a tal precariedad?

2. ¿Por qué estas palabras de Jesús?

Este *logion* de Jesús responde directamente a la inquietud de sus discípulos: «¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?» (Mt 18,1). La respuesta del Maestro se despliega en dos momentos: un gesto profético —colocar a un niño en el centro del grupo— y una enseñanza reforzada por la fórmula solemne «en verdad os digo». Con ello, exhorta a la comunidad a una doble acción: hacerse como niños —abandonándose a Dios con una fe confiada— y acoger a los más débiles.

Tanto el gesto como las palabras de Jesús rompen por completo la mentalidad de sus seguidores. El contraste entre el término «grande» (*mégas*) introducido por los discípulos y la imagen de los «pequeños» (*mikrós*) utilizada por Jesús evidencia una ruptura radical con los criterios de éxito y estatus vigentes, tanto en la sociedad civil y religiosa de su tiempo como en la nuestra.

Jesús introduce una escala de valores invertida donde los últimos se convierten en la prioridad de Dios. La verdadera grandeza no se mide por la influencia o el poder económico o social, sino por el abajamiento. El propio Jesús es el primero en encarnar este camino, haciéndose el menor y el servidor de todos. Al situar al pequeño en el



centro de la escena, señala que los marginados no son miembros secundarios, sino el corazón mismo de la Iglesia. El cuidado de los pequeños concreta de manera histórica el reino de Dios, la gran tarea en la que los discípulos deben empeñar su vida.

«La acogida de los pequeños es un imperativo cristológico que identifica a Jesús con los marginados, menores y refugiados de hoy».

3. ¿Por qué recibir a un pequeño?

Para entrar en el reino de los cielos no basta con experimentar el abajamiento personal; es indispensable «acoger a los pequeños», pues quien los recibe, recibe al mismo Jesús. Este abajamiento se traduce necesariamente en amor operante y solidaridad organizada hacia los desvalidos. Lo contrario a esta hospitalidad es el escándalo: poner obstáculos a la fe y a la vida de los hermanos, como advertirá el texto en los versículos posteriores.

El motivo profundo de esta acogida trasciende la mera beneficencia, la empatía humana o el voluntarismo buenista. Aunque la solidaridad es indispensable, el verdadero fundamento de la acogida es cristológico: la identificación radical que Jesús establece con ellos.

Esta identidad se hace explícita más adelante en la parábola del Juicio Final, donde Jesús, identificado con el rey soberano, llama «hermanos» a los necesitados: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40); y «En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo» (Mt 25,45).

La reiteración constante de las acciones realizadas u omitidas con los hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos y enfermos pone de manifiesto la importancia de este vínculo. Se trata de una identificación fraterna que irrumpe con fuerza en nuestro presente histórico. El tiempo escatológico ha comenzado ya con la Encarnación y solo se completará al final de los tiempos; por lo tanto, esta fraternidad tiene implicaciones históricas e institucionales inmediatas. Servir a los pequeños es servir a Jesús.

Conclusión

La profundización en el texto de Mateo 18,5 para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado subraya que la acogida de los pequeños es un imperativo cristológico que identifica a Jesús con los marginados, menores y refugiados de hoy. Lejos de una simple benevolencia, esta postura exige subvertir los valores de grandeza mundanos para colocar a los vulnerables en el centro de la comunidad eclesial. La verdadera fe se verifica al reconocer en el migrante desvalido la presencia misma de Jesús, actualizando así el mandato de recibir a los más pequeños.

Ante esta realidad, la comunidad cristiana está llamada a un examen de conciencia profundo: ¿nuestras actitudes hacia ellos favorecen o dificultan la manifestación de Dios en sus vidas y en la historia? ¿Debe la respuesta eclesial regirse únicamente por la estricta legalidad civil o requiere, más bien, una mirada profética y evangélica? En definitiva, este texto interpela las estructuras y conductas de la Iglesia, urgiéndola a transformarse para ser un verdadero espacio de acogida, protección y dignidad para los más desfavorecidos.





La acogida a la infancia y juventud migrante desde las Plataformas Sociales Salesianas

Un compromiso vital con la infancia y juventud más vulnerable.

Jota Llorente

Coordinador Nacional de las Plataformas Sociales Salesianas



1. Una acogida centrada en la persona

Las Plataformas Sociales representan el compromiso vital de los salesianos y salesianas con la infancia y juventud más vulnerable. A través de once fundaciones en España (agrupadas en la CEPSS), huimos de las frías estructuras administrativas para dar una respuesta digna y encarnada. Somos conscientes de que el fenómeno

migratorio vertebra nuestro día a día. Ante jóvenes que arrastran el impacto emocional del duelo migratorio o la separación familiar, no podemos conformarnos con el mero asistencialismo de cubrir techo y comida. Nuestra respuesta es clara: promover itinerarios integrales de autonomía real a través de centros residenciales, apoyo escolar e inserción sociolaboral.



Para entender nuestra intervención y la apuesta de este momento, debemos mirar a nuestros orígenes. A finales del siglo XIX, Don Bosco se acercó a los menores migrantes del Turín industrial. No los miró como un problema ni les exigió papeles; simplemente se preguntó qué necesitaban para crecer y les ofreció formación, afecto y un hogar. Gracias al Sistema Preventivo, una pedagogía que rechaza la autoridad distante y que se sostiene en la razón, la dimensión espiritual y el afecto (*amorevolezza*) creemos que no basta con estar al lado del joven; es crucial que sienta y perciba que es profundamente valorado. Por eso hoy nos empeñamos en traducirlo y apostar por él desde:

- **El clima de familia:** rompemos la formalidad institucional para que nuestros recursos sean verdaderos hogares que curen el desarraigo.
- **La aceptación incondicional:** acogemos a la persona con toda su historia. Para un joven rechazado por múltiples sistemas, una puerta abierta significa sanar su pasado y prepararse como ciudadano de pleno derecho.
- **La presencia constante:** quien educa no vigila desde la barrera, sino que comparte la vida, el juego y lo cotidiano. Esto nos permite conocer y personalizar sus necesidades.

2. Nuestro compromiso: fidelidad al carisma y respuesta evangélica

No podemos ser ingenuos ante el contexto global que nos rodea. El movimiento migratorio que presenciamos no es una anécdota, sino una realidad estructural impulsada por una crisis múltiple: guerras enquistadas, violencia, desnutrición, falta de oportunidades y los indudables estragos del cambio climático. Los jóvenes que emprenden un viaje y abandonan su casa están movidos por la esperanza de salvar su propia vida y buscar un futuro mejor.

El choque con la realidad al llegar a nuestras calles es durísimo. Frecuentemente se encuentran con sistemas de protección colapsados, barreras burocráticas casi insalvables que los condenan a una irregularidad crónica, y discursos de odio que buscan criminalizarlos y deshumanizarlos de forma sistemática. Ante este escenario, nuestra acogida se fundamenta en la convicción inquebrantable de que todos los seres humanos son garantes de derechos. Desde las obras salesianas defendemos políticas migratorias centradas en la persona y no en la mera contención de fronteras. Reclamamos con urgencia que la juventud migrante tenga un acceso real a la educación, al empleo y a una vivienda digna, muy especialmente cuando alcanzan la mayoría de edad y se enfrentan al desamparo total por parte del sistema público de protección.



«Nuestra respuesta es clara: promover itinerarios integrales de autonomía real a través de centros residenciales, apoyo escolar e inserción sociolaboral».

Pero más allá del enfoque innegociable de los derechos humanos, nuestro compromiso nace también de una raíz profundamente evangélica que nos marca el paso: acoger a un menor es acoger a Cristo. Para nosotros, la hospitalidad no es un accesorio o un servicio extra; es el núcleo mismo de nuestra labor. Acoger con misericordia significa atreverse a mirar la realidad del otro con ternura, sin emitir juicios previos y reconociendo nuestra humanidad compartida. La perspectiva evangélica nos exige, por encima de todo, reconocer la infinita dignidad de la persona antes que cualquier etiqueta administrativa con la que el sistema pretende definirla.

Esta misericordia actúa como un hilo conductor capaz de transformar un mero «recurso residencial» en un verdadero hogar —casa—. Muchos de los jóvenes que recibimos traen consigo heridas profundas, marcadas por la dolorosa separación familiar, el miedo constante al rechazo y la extrema dureza del tránsito migratorio. Cuando les ofrecemos un entorno verdaderamente cálido —donde se comparten los «buenos días», donde se respira el olor a la comida familiar y se garantiza un clima de seguridad absoluta—, ese hogar se convierte en una herramienta de inclusión eficaz que sana sus miedos y multiplica su resiliencia.

Desde el primer momento en que un niño, niña o adolescente pisa nuestro país, la forma en que es acogido marcará profundamente su vida. Las primeras horas tras su llegada no son un mero trámite administrativo; son un momento vital y sagrado donde se protege o se vulnera su digni-

dad. Por ello, ofrecer misericordia, calidez y un entorno seguro en tiempos de hostilidad y mensajes de odio no solo es un acto de cuidado esencial; es una forma de ser cristianos en la sociedad y así transformarla.

3. Jóvenes, sin más etiquetas

Como sociedad debemos asumir una certeza irrenunciable: los jóvenes que migran no son un problema a gestionar. No son una carga para el sistema, ni mucho menos un número para llenar titulares. Son jóvenes llenos de talentos, de sueños, de miedos y de esperanzas. Necesitan referentes adultos que les acojan, que estén dispuestos a escuchar su voz y que les acompañen pacientemente en la realización de sus proyectos vitales.

Una sociedad que divide sistemáticamente, que instrumentaliza la migración como arma política y que fomenta la confrontación solo dará como resultado una juventud marginada, herida y que, lógicamente, no colaborará en la construcción del bien común. Apostar por la inclusión real es una inversión directa para el futuro de todos. Desde nuestra misión educativa salesiana tenemos una convicción que guía cada uno de nuestros pasos: no existen «los de aquí» y «los de allí», no hay distinción entre «los nuestros» y «los otros». No hay MENAS. Cuando hablamos de jóvenes migrantes, hablamos simple y llanamente de jóvenes. Punto. Su realidad nos interpela de forma directa y nuestra responsabilidad es garantizar que nadie se quede atrás.

Todas las niñas, niños, adolescentes y jóvenes tienen la puerta abierta en la casa de Don Bosco y en nuestras plataformas sociales. Bajo la acogida incondicional y el calor de un clima de familia, encontrarán siempre un hogar seguro para recomenzar, para crecer y para hacer realidad sus sueños, porque aquel que acoge a uno de estos me acoge a mí (Mc 9,37). Porque, en definitiva, la verdadera acogida no consiste solo en abrirles una puerta; consiste en abrirles caminos, caminos de esperanza.





De África a Canarias, y de Canarias a Palencia

Secretariado de Migraciones
Diócesis de Palencia

La diócesis de Palencia, en el marco del Año Jubilar de la Esperanza (2025) se propuso como gesto jubilar participar en *Corredores de Hospitalidad*, un proyecto de solidaridad entre diócesis promovido por la Conferencia Episcopal Española (CEE) que motiva a construir un puente fraterno con las diócesis de Canarias.

Este proyecto se dirige a jóvenes migrantes que llegaron a Canarias siendo menores de edad no acompañados y que, al cumplir los 18 años, deben abandonar los recursos públicos de protección a la infancia, aunque todavía necesitan apoyo para completar sus procesos de integración plena.

Asumiendo los objetivos generales del proyecto nos proponemos ofrecer en Palencia acogida y acompañamiento a cuatro de estos jóvenes para que puedan desarrollar un proyecto de vida personal que les permita vivir, posteriormente, con autonomía.

Se inicia, por un lado, un proceso de coordinación con la Dirección de Migraciones de la CEE y la diócesis de Canarias; y, por otro, desde el mes de junio de 2025 se comienza a informar de esta propuesta en los espacios diocesanos que surgen, preparando el curso siguiente.

La programación de la diócesis de Palencia para el curso 2025/2026 propone como lema «Creando puentes» y formula uno de sus objetivos como sigue:

«Asumimos el compromiso de seguir escuchando, acogiendo y acompañando la realidad de las personas y las necesidades de nuestra tierra. Este objetivo busca una Iglesia atenta, que reflexione sobre la presencia pública de los cristianos, ponga en marcha un corredor de hospitalidad para migrantes y profundice, desde una perspectiva de género, en la espiritualidad del compromiso con la creación y la justicia.»

Por ello, en el encuentro diocesano de inicio del curso en el que participan alrededor de 300 personas, se presenta nuevamente el proyecto *Corredores de Hospitalidad* y los pasos que se vienen dando para su puesta en marcha.

La diócesis de Canarias selecciona a los jóvenes de acuerdo al perfil propuesto, realiza las oportunas gestiones administrativas y viajan a Palencia acompañando a los cuatro jóvenes que, finalmente llegan el 20 de noviembre de 2025.

La diócesis de Palencia asume la financiación del proyecto con la colaboración de Cáritas Diocesana y pone a su disposición un piso, integrado en una comunidad de vecinos, que ha rehabilitado y equipado para la acogida de estos jóvenes. También, personas particulares, instituciones religiosas y Cáritas han donado mobiliario y otros enseres para la puesta a punto de esta vivienda.

Se ha generado un voluntariado de personas implicadas en tareas muy diversas: la limpieza inicial del piso, confección de cortinas, realización de compras básicas, talleres de cocina, clases de español y matemáticas, acompañamientos médicos y a múltiples gestiones... Sin duda, está siendo muy importante y clave en el proceso, mantener la presencia en el día a día de la vida de los jóvenes.

Cuando llegan, evidentemente no conocen la ciudad ni tienen personas conocidas; vienen en noviembre, hace frío y apenas se atreven a salir a la calle; han vivido en Canarias en un centro con muchos jóvenes pero nunca han vivido compartiendo piso con otros iguales, teniendo que compartir espacios y organizarse las tareas del hogar; tienen que ajustar expectativas como la de creer que al día siguiente de llegar ya van a tener



trabajo... Comienzan a vivir un segundo «duelo migratorio»: de África a Canarias y de Canarias (donde han estado unos dos años) a Palencia.

En enero de 2026 comienzan las inserciones laborales de los jóvenes, dos de ellos permanecen en las empresas que los contrataron y con perspectivas de continuidad; los otros dos están realizando cursos con certificado de profesionalidad que mejore sus posibilidades de empleo. Próximamente ya iniciaremos la fase de salida para la autonomía.

Además de acompañarlos en múltiples gestiones (empadronamiento, tarjeta sanitaria, demanda de empleo, inscripción en ETT, programas de empleo, búsqueda de cursos de formación, de clases de español para extranjeros, renovación de TIE...), les ofrecemos contacto con personas originarias de África que viven en Palencia desde hace tiempo y con personas del lugar, realizar salidas para conocer la ciudad, participar en actividades con otras personas, etc., si bien con poco éxito en esta línea, pues con frecuencia preferían quedarse en casa. Una iniciativa a destacar es la de un grupo de jóvenes de una parroquia de la ciudad de invitarles a merendar de vez en cuando, para conocerse mutuamente.

En el ámbito diocesano, simultáneamente a la acogida y acompañamiento a los cuatro jóvenes, se plantea generar un espacio de coordinación en el que se invita a participar a las distintas pastorales y entidades diocesanas que de diversos modos están apoyando y promoviendo a personas migradas. Se constituye esta «mesa de coordinación» con tres objetivos:

«Asumimos el compromiso de seguir escuchando, acogiendo y acompañando la realidad de las personas y las necesidades de nuestra tierra».

- Compartir información y reflexionar conjuntamente sobre la realidad de la migración en la diócesis
- Acompañar el desarrollo del proyecto «Corredores de Hospitalidad» en Palencia
- Promover acciones conjuntas de formación y sensibilización que contribuyan a generar una narración positiva sobre la aportación de la migración a las comunidades y a la sociedad.

Se celebra la III edición de un Encuentro Intercultural, el cual, con un tono festivo y familiar, pretende acoger y reconocer la diversidad cultural presente en la diócesis generando lazos comunitarios y promoviendo la cultura del encuentro.

Agradecemos de corazón el apoyo recibido por otras diócesis que ya estaban participando en *Corredores de Hospitalidad*, que nos ha permitido conocer y aprender de su experiencia. Muchas gracias por facilitarnos tanto todo y por vuestro generoso apoyo.





Abderrazak y Anas, dos migrantes acogidos en Zaragoza

Secretariado de Migraciones
Diócesis de Zaragoza



El 20 de marzo de 2025 llegaron a Zaragoza los jóvenes Abderrazak y Anas procedentes de las islas Canarias. Ambos habían llegado de forma irregular siendo aún menores de edad. A partir de su llegada habían sido atendidos y tutelados por la Administración Canaria hasta su mayoría de edad.

En ese momento fueron incluidos en el proyecto Corredores de Hospitalidad, promovido desde el Departamento de Migraciones de la CEE y liderado por las diócesis de las islas Canarias.

Un proyecto de solidaridad entre diócesis para promover la movilidad e inclusión de jóvenes migrados extutelados que quieran trasladarse a otros territorios o diócesis donde poder iniciar o proseguir programas integrales de acompañamiento hasta su inclusión y autonomía.

En la diócesis de Zaragoza se creó en 2022 la Mesa de lo Social, con el objetivo de coordinar a las entidades e instituciones de acción caritativa y social con identidad cristiana en la diócesis. La coordinación de esta Mesa empezó por la aten-



ción a personas migrantes, desplazados y refugiados, constituyéndose a modo de plataforma para el planteamiento conjunto de la acción de la diócesis con estos grupos a partir de los carismas, recursos y posibilidades de cada organización. Esta plataforma permitió, a propuesta de la Delegación de Migraciones y de Cáritas diocesana, hacer el ofrecimiento de acogida a estos dos jóvenes, con recursos de varias de las entidades y coordinación de Cáritas.

Desde su llegada a Zaragoza fueron incluidos en el proyecto «Transeva», de transición a la vida adulta para jóvenes extutelados, gestionado por la Fundación Federico Ozanam donde siguen acogidos. El proyecto les brinda varios apoyos conformados por una asignación mensual de 300 € en concepto de beca, un recurso residencial en el que conviven con otros jóvenes pertenecientes al mismo proyecto, el acompañamiento educativo y, por último, el apoyo formativo y laboral, marcando con ellos un itinerario de inserción individualizado.

«Zaragoza ha sobrepasado las expectativas que tenía cuando llegué de Canarias».

En el caso de Abderrazak, hay que destacar que llegó al proyecto con una dificultad de movilidad en el hombro y brazo derechos. Desde que llegó a Zaragoza se han hecho todas las gestiones para su correcto seguimiento médico y la solicitud de reconocimiento de la discapacidad que ya se había comenzado en Canarias. En este momento ya tiene reconocida la discapacidad con un grado de 37%. Como es un joven con buena actitud frente al aprendizaje, ha alcanzado un buen nivel de castellano hablado y está finalizando el curso de operario de viveros, jardines y centros de jardinería. Ha sido propuesto para la realización de las prácticas, por lo que al haber obtenido el

certificado de discapacidad tiene muy buena previsión de empezar a trabajar en cuanto finalicen las mismas.

El joven ha verbalizado en alguna ocasión que la experiencia en Zaragoza ha sobrepasado las expectativas que tenía cuando llegó de Canarias.

La acogida de estos dos jóvenes en Zaragoza, dentro del proyecto Corredores de Hospitalidad, qué duda cabe que se trata de una experiencia muy importante, sobre todo para los jóvenes acogidos, pero también para las entidades que están participando y para la propia diócesis.

En una entrevista reciente, Abderrazak nos contaba su experiencia. Tenía el sueño de venir a España desde los doce años. También nos contó su duro viaje en patera desde Agadir hasta Lanzarote: cinco días, tres sin comer ni beber. Después, la acogida en varios centros en Canarias hasta que con la mayoría de edad tuvo que salir y en Cáritas le ofrecieron la posibilidad de viajar a Zaragoza.

«Cuando me explican todo esto me da un poco de miedo: supone un cambio dejar a los amigos que había hecho, no saber si el cambio es a mejor. Me dijeron que venía aquí, a Zaragoza, a formarme, a encontrar trabajo, a un futuro bueno y se está cumpliendo lo que me dijeron. Estoy muy satisfecho de todo lo que estoy consiguiendo. Cada vez estoy más cerca del objetivo que tenía: venir a Europa para trabajar y poder ayudar a mi familia. Ayer hablé con mi madre y me decía que tengo que seguir así, que se siente orgullosa. Merece la pena el esfuerzo que tengo que hacer».

Además, esta experiencia pone de manifiesto las posibilidades de solidaridad entre diócesis y para las entidades que están participando en esta acogida y acompañamiento, así como para la propia diócesis de Zaragoza, demostrando lo eficaz y necesario de trabajar juntos y coordinados.





Testimonio de un joven y su duelo migratorio

Juan Carlos Riverón Gutierrez

Joven migrante proveniente de Cuba
Diócesis de Mondoñedo-Ferrol

A los 10 años mi padre me preguntó si me gustaría ir a vivir con mi mamá que, desde hacía ya unos años, vivía en el extranjero. Era una pregunta retórica, y en el fondo lo sabía, pero aún así dije que sí. Esa pregunta me preparó para todo lo que vendría después: papeleo de todo tipo, innumerables citas en instituciones del gobierno, mucho dinero gastado y, al cabo de dos años, por fin recibí un permiso de salida de mi país. Las despedidas fueron breves y escasas. Ahora que lo pienso muchos de mis amigos no supieron que me había ido hasta un tiempo después. Intenté no pensar demasiado en lo que dejaba atrás y centrarme en lo que me encontraría en esa nueva vida que me decían que tendría.

Al llegar a brazos de mi madre, ya en Galicia, fui consciente de que tendría que empezar de cero. Todo me parecía raro: desde las calles abarrotadas de coches en comparación a donde antes vivía, a los supermercados abarrotados en igual medida de productos de todo tipo. Me encantaba lo que veía. Mentiría si dijera que no me abrumaba tener que interiorizar todo aquello, pero sabía que me acabaría adaptando. Llegué un 18 de mayo, tenía que esperar a que terminara el curso para poder escolarizarme y, entre tanto, iba asimilando mi nueva realidad, preparándome para lo que se me venía. Empecé el curso lectivo en tercero de la ESO y los primeros días no fueron lo que esperaba. Era el nuevo y hacer amigos no fue especialmente fácil. Los docentes tuvieron mucho que ver en mi adaptación, instaban a





otros niños y niñas a que se me acercaran. Pero la adolescencia es una edad difícil para esas cosas y no fue hasta un par de semanas más tarde en la que unos chicos decidieron ser mis amigos, mis primeros amigos. A partir de ahí todo mejoró.

Culminé los estudios en la secundaria de una forma aparatosa, tuve que repetir el curso más de una vez. Opté por un ciclo formativo que también me costó, pero tuve la suerte de contar con muchos buenos profesores. Al finalizar los estudios tuve que independizarme, encontrar un trabajo y buscarme la vida solo. Todo esto habría sido relativamente llevadero pero una circunstancia echó todo por el suelo. Caí en una irregularidad legal: había caducado mi permiso de residencia y mi padrastro se había negado a darme la documentación necesaria para poder renovar el permiso. Esto, junto a alguna negligencia en los servicios de extranjería, me llevaron a perder mi casa y tener que vivir un tiempo en la calle. Duré un mes durmiendo a la intemperie, habría sido más de no ser por mis amigos, que me obligaron a pedir ayuda a los servicios sociales y a un albergue social. Siempre fui negado a pedir ayuda externa, pero también era consciente de mi situación. De los servicios sociales me derivaron al albergue, donde estuve ocho largos meses. En ese lapso de tiempo en el albergue conocí a muchas personas, perdí a mis amigos, trabajé en negro, y conocí Cáritas.

Al llegar a Cáritas me sorprendió la amabilidad y la cercanía con la que me recibieron. Empecé a hacer talleres varios, orientados a todo tipo de público. En uno de estos talleres, el de pintura, conocí a uno de mis actuales amigos con el que, sin saberlo, compartía techo en el albergue, y de ahí nació una amistad maravillosa que aún tenemos. Una trabajadora social me dio la noticia de que cumplía con los requisitos para acceder a uno de los pisos de tránsito. Aquello fue el siguiente paso: tener una vivienda mientras empezaba mi proceso de regulación.

Una vez en el piso que me habían proporcionado, empecé a reconstruir poco a poco mi vida, pasé de «sobrevivir» a «vivir». Ocupaba mi tiempo haciendo voluntariado en el centro de Cáritas

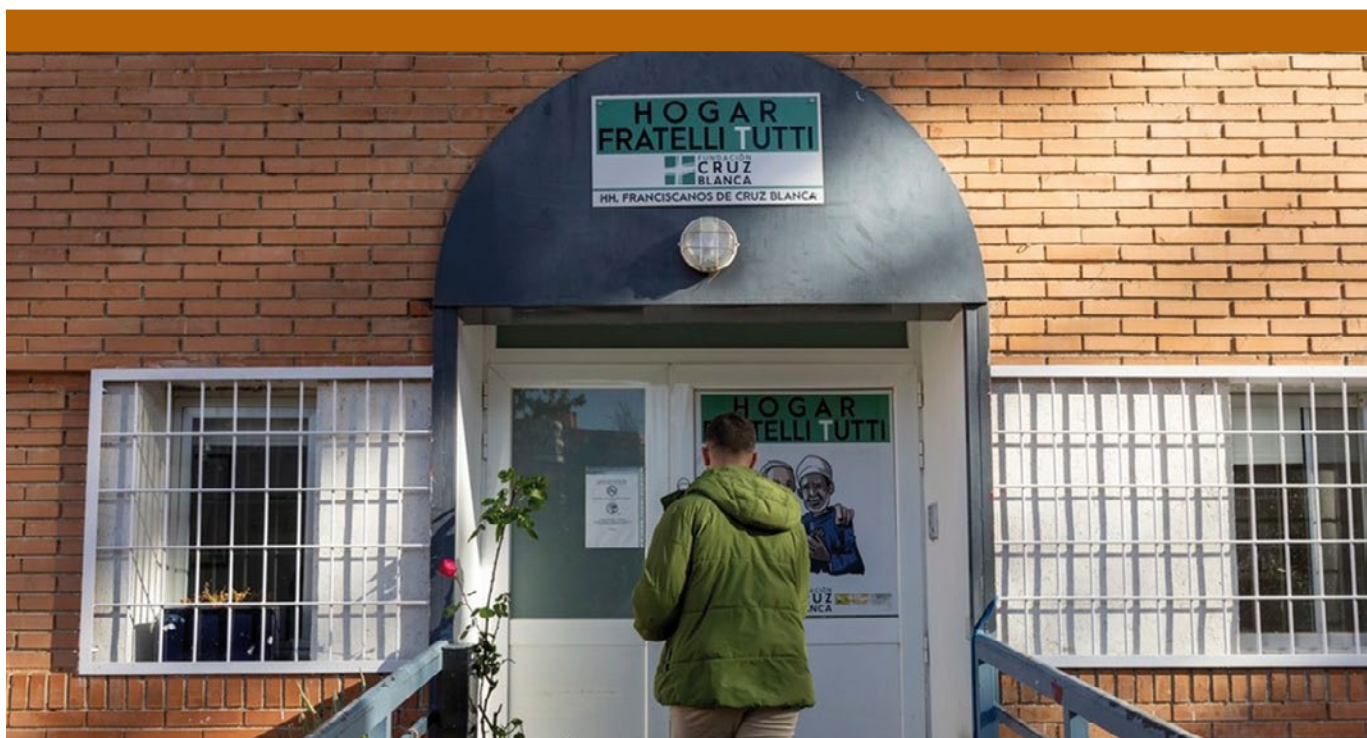
***«En ese maravilloso camino
conocí a otras personas de mi
edad, amigos que a día de hoy
son mi máspreciado tesoro».***

principalmente. Luego otra educadora del centro me comentó de que estaban organizando un Camino de Santiago y que, si quería, podía ir. Así que, por supuesto, aproveché la oportunidad. En ese maravilloso camino conocí a otras personas de mi edad, amigos que a día de hoy son mi máspreciado tesoro. Al culminar el camino amplí mi voluntariado a otros campos, como el del Grupo Motor en aquel entonces, un sitio de reunión de adolescentes.

Fueron pasando los meses y ampliando los conocimientos. El voluntariado se volvió una extensión de mis hobbies y ocuparon una gran parte de mi tiempo. A medida que pasaba el tiempo, llegó la noticia de que mi regularización estaba cerca. Esto supondría un cambio en todos los sentidos ya que, una vez tuviera un permiso de trabajo, tendría que volcar mi tiempo en ello. Y así empecé en una empresa, al cabo de un tiempo dejé el piso de tránsito y conseguí un alquiler propio. Ahora compagino el trabajo con el voluntariado y mantengo las amistades hechas por el camino.

A día de hoy pienso sobre esa pregunta que me hicieron en su momento, pregunta que no estaba preparado para responder. Nadie está preparado para dejar su lugar de nacimiento dejando todo atrás y teniendo que empezar de cero. Pero si hay algo que pudiera decir a un niño de 12 años que lo va a dejar todo atrás, le diría que por el camino se encontrará con muchos impedimentos, pero que también encontrará gente maravillosa que le acompañarán en el proceso.





Cuando la Iglesia se hace casa y familia para los más pequeños

Franciscanos de la Cruz Blanca

Cuando a principios del año 2023 Younes, acompañado de su hermana Hanna, salió de su pueblo en Mali, no sabía dónde iba, desconocía lo que era el mar y jamás había oído hablar de España. Cuando esa mañana Younes dejaba su pueblo, su gente, donde se sentía cuidado, comenzaba para él una historia dura, pero con final feliz. Younes a sus 19 años era un chico «especial», que su hermana no podía dejar atrás en su proceso migratorio, y por eso juntos se subieron a una patera y llegaron a las islas Canarias. Al llegar al centro de emergencia que Cruz Blanca gestiona en Las Palmas, fue valorada su discapacidad intelectual y diagnosticado de VIH.

Gracias al apoyo, acompañamiento, desarrollo de habilidades y recursos a través del programa de atención humanitaria en el Centro Fratelli Tutti de Cruz Blanca, su situación comenzó a mejorar y permitió que fuera derivado a una casa familiar atendida por los Hermanos Franciscanos de Cruz Blanca para la atención integral a personas con discapacidad. Hoy Younes, desde la Casa Familiar, su casa, se desplaza cada día a un Centro Especial de Empleo donde se supera a diario cuidando su salud y estableciendo relaciones de igualdad con su entorno.



En los Centros y Casas Familiares de Cruz Blanca atendemos a personas muy heridas, personas que han atravesado fronteras físicas y emocionales, marcadas por la pérdida, la ruptura, la incompreensión y, en muchos casos, la invisibilidad.

Detrás de estos perfiles hay historias marcadas por la esperanza truncada. Llegaron a Europa con ofertas de trabajo aparentemente legítimas, pero terminaron atrapados en redes de explotación laboral, sexual o incluso en situaciones de mendicidad forzada o comisión de delitos.

A estas experiencias se suman múltiples dificultades: barreras idiomáticas y culturales, falta de redes de apoyo, acceso limitado a servicios sanitarios y sociales, analfabetismo funcional y la discapacidad que complica la vida cotidiana, o el impacto del trauma migratorio: abusos, violencia, hambre, engaños, o incluso la presión de responder al éxito esperado por las familias de origen.

La discapacidad y los problemas de salud mental se ven profundamente afectados en este contexto, muchas veces con un efecto multiplicador, atravesados por múltiples factores interseccionales: género, migración, pobreza, enfermedad y exclusión social. *Son los más pequeños de los pequeños, los más invisibles de los invisibles.*

En este contexto, la experiencia de Cruz Blanca se convierte en un signo concreto de esperanza. Como decía el fundador de los HH. Franciscanos de Cruz Blanca, el Hno. Isidoro Lezcano (1935-2006): «La acogida no es simplemente un servicio asistencial, sino una forma de encarnar el Evangelio. Para muchas de las personas que llegan, Cruz Blanca no es solo un recurso: es una casa. Un lugar donde descansar, sentirse a salvo y recuperar algo tan básico como la tranquilidad. Pero, sobre todo, *familia*».

Porque la verdadera transformación no ocurre únicamente cuando se cubren necesidades materiales, sino cuando la persona vuelve a sentirse mirada, reconocida y llamada por su nombre. En Cruz Blanca, quienes llegan descubren algo que muchas veces habían perdido: la dignidad. Y ese descubrimiento tiene una fuerza profundamente sanadora.

La espiritualidad de Cruz Blanca se concreta en un modo muy concreto de vivir y trabajar: *el modelo «Casa y Familia», verdadero corazón de su misión.* Más allá de una estructura asistencial, propone una forma de vida compartida, donde cada persona es acogida como única e irrepetible, como don de Dios, como alguien digno y miembro de una familia. El vínculo terapéutico se construye desde lo sencillo: compartir un café, una conversación, acompañar a una cita médica o simplemente estar presente. Son esos pequeños gestos los que sostienen procesos de sanación que requieren tiempo, respeto y paciencia.

«Comenzaba para él una historia dura, pero con final feliz».

Las Casas Familiares y los Centros de Cruz Blanca se convierten así en espacios profundamente cargados de humanidad y Evangelio, donde se cultivan relaciones cercanas, estables y respetuosas. Lugares donde no solo se atienden necesidades, sino donde se reconstruyen vidas: de la persona migrante que llega sin nada, sin esperanza, con la que sufre por su enfermedad física o mental y necesita de cuidados y tiempo. O aquella que pide una oportunidad para empezar de nuevo a aferrarse a la vida.

Responder a la pregunta del Evangelio: «¿Cuándo te vimos forastero?» (Mt 25,38), implica hoy *abrir espacios donde la Iglesia se haga verdaderamente casa y familia.* Recordemos que el Evangelio sigue vivo allí donde alguien decide *acoger, acompañar y amar a los más pequeños.*





El Escorial acogió la XLV Jornada de Pastoral con Migrantes centrada en el compromiso y la esperanza

Secretaría de la Comisión Episcopal de Pastoral Social de la CEE





Del 20 al 22 de marzo de 2026, la Casa de Ejercicios San José de El Escorial ha sido el escenario de la XLV Jornada de Delegados y Agentes de Pastoral con Personas Migrantes, un encuentro que ha reunido a 114 participantes procedentes de 46 diócesis bajo el lema «Migrantes, misioneros de esperanza».

Desde el viernes por la tarde y hasta el domingo después de la comida, el encuentro ha combinado espacios de convivencia, oración y reflexión con la aportación de expertos y el intercambio de experiencias pastorales.

Los participantes fueron acompañados por miembros de la Conferencia Episcopal Española: Mons. Fernando García Cadiñanos, obispo de Mondoñedo-Ferrol y presidente de la Subcomisión de Migraciones y Movilidad Humana; don Fernando Redondo, director del Departamento de Migraciones y doña María Francisca Sánchez Vara, directora de la Subcomisión de Migraciones y Movilidad Humana.

El fenómeno migratorio en números y su narrativa en los medios

Entre las intervenciones destacadas, se abordó la realidad migratoria en España a partir del último Informe FOESSA. La ponencia estuvo a cargo de don Pedro Fuentes, miembro del equipo de estudios de Cáritas, quien presentó la realidad migratoria en nuestro país a partir del informe. Destacó la importancia de «construir una amistad social», a partir de 4 acciones clave: acoger, proteger, promover e integrar.

Por su parte, don Isidro Catela, profesor de la Universidad Francisco de Vitoria, ofreció la ponencia «Narrar la frontera: los medios de comunicación ante el fenómeno migratorio». Su discurso animó a los participantes a fomentar la creación de narrativas alternativas para romper con los marcos mediáticos habituales sobre migración y desarrollar estrategias para comunicar la realidad migratoria de manera sustentada y transparente, evitando la política.

«La defensa de la dignidad de todas las personas migrantes debe situarse en el centro de toda la acción pastoral de la Iglesia».

Círculos de experiencias: testimonios

Distintas comunidades tuvieron la oportunidad de dar a conocer sus iniciativas y su experiencia de trabajo. La Comunidad Arcoiris 3.7, perteneciente a la parroquia San Joaquín en el barrio de San Blas (Madrid), posee equipos de primera acogida y apoyo continuo a migrantes. A diario implementan un sistema de atención rápida y acompañamiento para personas en situación de vulnerabilidad. A su vez, utilizan la música y el arte como elementos para expresar las vivencias y reforzar el sentido de comunidad.

El segundo círculo de experiencias reunió testimonios de encuentros de diálogo interreligioso. Desde Barcelona, explicaron cómo trabajan en el barrio del Raval, con 23 círculos del silencio y más de 70 nacionalidades. El barrio del Raval en Barcelona ejemplifica cómo el diálogo interreligioso puede fomentar la cohesión social y la convivencia en un entorno muy diverso y con retos sociales.

Representantes de Orihuela-Alicante dieron a conocer su trabajo con personas provenientes de diversas tradiciones, creencias o espiritualidades. Alicante ocupa el tercer lugar en presencia de población extranjera en España, con un 25% proveniente de Europa. Estas iniciativas buscan eliminar prejuicios y fomentar el respeto intercultural sin proselitismo religioso.

En un tercer momento, fue el turno de las Mesas Diocesanas de Migraciones. La delegación de Burgos nació para coordinar esfuerzos en la pas-



toral con migrantes y articular una voz común en la diócesis. Está integrada por representantes de congregaciones, Cáritas, Atalaya Intercultural y delegados diocesanos, con presencia de laicos y sacerdotes. Sus inicios fueron de la mano de Cáritas diocesana y, actualmente, impulsan actividades para sensibilizar, acompañar y denunciar vulneraciones de derechos de migrantes.

Por su parte, la mesa de Bilbao, que trabaja desde 2011, mencionó su trabajo con corredores de hospitalidad, programas juveniles, eucaristías interculturales y talleres formativos para fortalecer a la comunidad migrante local.

Enriquecerse del testimonio del otro para crecer juntos

El eje central de la jornada fue el trabajo realizado por grupos, donde los 114 participantes han profundizado en los retos actuales que cada uno en su realidad atraviesa en la pastoral con personas migrantes. Estas dinámicas han permitido contrastar experiencias, identificar desafíos comunes y proponer líneas de acción concretas para el futuro.

Fruto del trabajo conjunto, los participantes del encuentro elaboraron un comunicado final en el que reafirmaron sus compromisos inspirados en el Evangelio y en la doctrina social de la Iglesia:

- Nos reafirmamos en la defensa de la dignidad de todas las personas migrantes, que debe situarse en el centro de toda la acción pastoral de la Iglesia, promoviendo comunidades acogedoras, hogar para todos, basadas en la cultura del encuentro y de la esperanza.
- Expresamos nuestra preocupación ante la instrumentalización política y económica de las personas migrantes, así como por el auge de discursos que fomentan el rechazo, en los que incluso pueden caer algunos cristianos al dejarse llevar por planteamientos ideológicos ajenos al Evangelio.
- Nos comprometemos a denunciar las situaciones de explotación, abuso e injusticia que sufren muchas personas migrantes.

- Impulsamos el trabajo conjunto entre migrantes y autóctonos, favoreciendo el paso de una pastoral para migrantes a una pastoral con migrantes.
- Apostamos por el trabajo en red, promoviendo una pastoral con migrantes de carácter transversal en nuestras diócesis, presente en seminarios, catequesis, liturgia y demás ámbitos pastorales.
- Nos comprometemos a construir una narrativa veraz sobre la migración, basada en la escucha, el acompañamiento y la interculturalidad.

La jornada concluyó así reforzando la necesidad de seguir tejiendo redes y promoviendo comunidades acogedoras, donde la cultura del encuentro y la esperanza marquen el camino de la acción pastoral en un contexto social cada vez más complejo.





Las lágrimas de Ibra

Frutos de la regularización extraordinaria de personas migrantes.

Xabier Parra

Director de SERCADE (Servicio Capuchino para el Desarrollo)



Ibra se seca las lágrimas con el dorso de la mano mientras escucha que su expediente para la regularización ya ha sido presentado. La emoción le desarma por un instante. Lleva más de dos años atravesando España como quien atraviesa una larga noche: primero Canarias, después Madrid y, finalmente, León. Su estancia en los centros de acogida apenas duró dos meses. Cuando aquel tiempo se agotó, la ciudad se volvió intemperie. Durmió varias noches en la calle, abrazado al frío y a la incertidumbre, hasta que alguien le habló del centro de acogida de SERCADE. Después vinieron otros recursos, otras puertas entre-

abiertas, hasta llegar a una vivienda compartida donde hoy estudia electricidad junto a otros doce jóvenes.

Cada vez que hablamos aparece el nombre de Kadiatu, la hija que todavía no conoce. La dejó creciendo silenciosamente en el vientre de su esposa, en Senegal, cuando emprendió el viaje. Ahora pronuncia su nombre con una mezcla de pudor y esperanza. «Pronto podré abrazarla», dice. Y en esa frase cabe toda la distancia del mundo y, al mismo tiempo, toda la posibilidad de volver a empezar.



Frutos de la regularización extraordinaria

Como la de Ibra, son miles las historias que atraviesan estos días en los que está activo el proceso de regularización extraordinaria en los despachos de nuestras sedes mientras sellamos certificados, ordenamos documentos y escuchamos vidas que buscan un lugar donde descansar. Historias que llegan cansadas, pero no vencidas. Zoila, venezolana, se recupera de un tumor en el pecho mientras comparte una habitación sin contrato y sueña con el trabajo de limpieza que quizá le permita comenzar de nuevo. Taifa, marroquí, profesora de yoga, intenta abrirse paso lejos de su familia. Ramiro, colombiano, lleva ocho años levantando edificios en Toledo sin haber podido todavía regularizar su situación. Y junto a ellos, más de mil personas que han pasado estas últimas semanas por las oficinas buscando orientación y acompañamiento en el procedimiento.

La regularización extraordinaria de personas migrantes no partió de un acuerdo político. Nació, antes que nada, de una conciencia social compartida. De la convicción de que no puede construirse una sociedad dejando a cientos de miles de personas viviendo en los márgenes de la ley y de la dignidad. Su camino comenzó en los días oscuros de la pandemia, cuando todavía nos preocupábamos por construir 2 metros de distancia de seguridad y quizá, pienso ahora que ha pasado el tiempo, como un intento de recuperar esa distancia y convertirla en fraternidad. En el año 2021 distintas organizaciones sociales y eclesiales unieron fuerzas para impulsar una iniciativa legislativa popular que logró recoger más de 600.000 firmas.

Después llegaron años de conversaciones, debates y búsquedas de consenso. En una España que a veces parece vencida por la polarización, no siempre ha sido fácil recordar que la dignidad humana no pertenece a ningún bloque ideológico. La dignidad no entiende de trincheras, tiene más que ver con el Evangelio. Aunque ha tocado darle forma en argumentos éticos, económicos y de beneficio compartido. Una iniciativa compleja que, sin embargo, encontró un apoyo mayoritario de todo el espectro social e ideológico.

Durante este tiempo, REDES, Cáritas Española, CONFER y el Departamento de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española hemos trabajado para construir puentes de diálogo capaces de sostener esta medida. También desde SERCADE, la obra social de los capuchinos, hemos querido ofrecer no solo nuestra voz, sino también la experiencia cotidiana de quien comparte camino con las personas migrantes.

«Como la de Ibra, escuchamos vidas que buscan un lugar donde descansar. Historias que llegan cansadas, pero no vencidas».

Porque detrás de cada expediente hay vidas ya entrelazadas con las nuestras. Personas que esperan el autobús junto a nosotros en mañanas todavía dormidas. Que juegan con nuestros hijos en los parques. Que rezan en nuestras parroquias. Que sostienen el cuidado o nos sirven un café al final de la jornada. Personas que ya forman parte de nuestros barrios y con las que hemos logrado diluir los límites de las identidades.

El papa Francisco nos recordó muchas veces que «la mejor política es la que se pone al servicio del bien común». Y en *Fratelli tutti* insistía en que una sociedad se vuelve más fuerte cuando aprende a hacerse cargo de las fragilidades ajenas. La regularización extraordinaria es, creemos, un ejemplo de esa política de la caridad.

Tras la aprobación del procedimiento de regularización extraordinaria en enero de este año — que previsiblemente permitirá acceder a un permiso de residencia y trabajo a más de 500.000 personas que ya viven en España — aparecen ahora nuevos desafíos.

El primero consiste en acompañar a estas personas más allá del trámite burocrático. Porque



regularizar documentos no basta para sanar la precariedad. Después vienen la búsqueda de un trabajo digno, el acceso a una vivienda, la homologación de estudios, la estabilidad emocional, la reconstrucción de los afectos rotos por la distancia. En el fondo, el anhelo profundamente humano de echar raíces, de pertenecer a un lugar, de construir el derecho a una comunidad.

Pero quizá exista un reto todavía más profundo: reconstruir los vínculos que lentamente parecen resquebrajarse entre nosotros. El Informe FOES-SA ya alertaba hace años sobre una creciente desvinculación social. Hoy esa fractura se percibe en discursos que levantan sospechas sobre los más vulnerables y en políticas que, demasiadas veces, sustituyen la inclusión por el señalamiento.

Corremos el riesgo de acostumbrarnos a mirar al otro desde el miedo. Y el miedo siempre fabrica fronteras. Por eso creemos que este momento puede ser también una oportunidad para favorecer el encuentro. Porque solo cuando compartimos la vida descubrimos que las diferencias no son una amenaza, sino una forma más amplia de comprender el mundo.

En SERCADE nos sentimos profundamente agradecidos por la confianza de tantas personas que llegan hasta nosotros buscando ayuda en este proceso. Y sentimos también la responsabilidad de seguir creando espacios donde sea posible escucharse, reconocerse y caminar juntos. Acompañar no consiste únicamente en tramitar papeles; consiste, muchas veces, en custodiar la esperanza de otro hasta que pueda volver a sostenerla por sí mismo.

Hace ochocientos años, Francisco de Asís recordaba que no somos dueños de la tierra, sino apenas guardianes provisionales de una casa común. Una casa en la que nadie debería sentirse extranjero, sino indígena, parte consustancial de esa creación... como el hermano fuego, como la madre tierra. Tal vez ahí resida el verdadero desafío de nuestro tiempo: aprender a reconocernos como parte de una misma familia humana. Porque solo las sociedades capaces de acoger son también capaces de seguir esperando.





La dignidad humana no tiene pasaporte ni pierde valor al cruzar una frontera

Fernando Redondo Pavón

Director del Departamento de Migraciones de la CEE

Con esta afirmación en el acto celebrado en el muelle de Arguineguín, lugar icónico que acogió a miles de personas migrantes, llegadas en cayucos de diferentes países del África occidental, tras una traumática travesía a lo largo de esta ruta migratoria del Atlántico, el papa León lanzó un contundente mensaje en defensa de la dignidad humana y de los derechos de las personas migrantes.

En este lugar marcado por el sufrimiento, la esperanza y la supervivencia, el pontífice, en línea con la doctrina social de la Iglesia y el magisterio de sus antecesores, especialmente del papa Francisco, recordó que «la dignidad humana no tiene pasaporte ni pierde valor al cruzar una frontera», reivindicando así el derecho de toda persona a buscar condiciones de vida más seguras y dignas cuando estas no existen en su lugar de origen.

Durante su intervención, el papa puso el foco en las experiencias de quienes llegan a las costas europeas tras afrontar travesías extremadamente peligrosas: «Aquí llegan tantas vidas heridas, despojadas de casi todo, pero nunca de su dignidad. Aquí el Evangelio nos arranca del lugar cómodo del espectador y nos sitúa ante el hermano que llega. Nos pregunta si hemos sabido reconocer a Cristo en quienes desembarcan marcados por el miedo, el hambre, la violencia, después del desierto, de la noche y del mar», afirmó.

Más allá del control fronterizo

Ante las políticas migratorias que se avecinan, como consecuencia de la entrada en vigor del Pacto Europeo sobre Migración y Asilo, que prioriza el control y la seguridad de las fronteras,

frente a la acogida de las personas migrantes, el papa cuestionó los enfoques centrados exclusivamente en la gestión de flujos migratorios y el refuerzo de fronteras. A su juicio, la respuesta debe incluir vías legales y seguras para migrar, operaciones de rescate y asistencia humanitaria, una lucha efectiva contra las redes de tráfico de personas y políticas de integración que garanticen el respeto de los derechos fundamentales.

También destacó que, junto al derecho a migrar cuando la vida está amenazada, existe también el derecho a no tener que hacerlo. Es decir, el derecho de toda persona a vivir dignamente en su propio país, libre de hambre, violencia, persecución o pobreza extrema.

Así de contundente se expresó el papa León en Arguineguín a este respecto:

«Desde esta isla, quisiera que la voz de quienes han hablado hoy alcanzara a quienes tienen en sus manos responsabilidades decisivas —autoridades civiles, parlamentos, gobiernos y organizaciones internacionales—, y también a las comunidades cristianas, a las demás tradiciones religiosas y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. No basta gestionar llegadas, distribuir cifras, reforzar fronteras o lamentar las muertes cuando ya han ocurrido. Cada barca que llega no trae solo migrantes; trae consigo una pregunta: ¿qué mundo hemos construido, si tantos hermanos tienen que arriesgar la muerte para buscar vida? La dignidad hu-



mana exige vías legales y seguras, rescate y asistencia, cooperación real contra los traficantes, protección efectiva a las víctimas, procesos serios de acogida e integración, y políticas que permitan a cada persona vivir con dignidad en su propia tierra. Si bien existe un derecho a buscar refugio cuando la vida es amenazada, también

existe el derecho a no tener que migrar: el derecho a permanecer en la propia casa sin hambre, sin guerra, sin persecución, sin violencia, sin que la tierra se vuelva inhabitable, sin que la corrupción robe el pan de los pobres, sin que las armas destruyan el futuro de los niños. No podemos acostumbrarnos a contar muertos».





Una llamada a la responsabilidad compartida

Ante esta realidad y este drama, el papa lanza una llamada contundente a la comunidad internacional, subrayando que la respuesta a la migración debe ser una responsabilidad compartida entre países de origen, tránsito y destino. Así lo expresaba en su discurso:

«Este drama debe convertirse en examen de conciencia: para las naciones de origen, que deben crear condiciones de paz, justicia y desarrollo; para las naciones de tránsito, llamadas a proteger y no a dejar a los débiles en manos de redes criminales; para Europa, que no puede proclamar la dignidad humana y acostumbrarse a que el Mediterráneo y el Atlántico sean cementerios sin lápidas; para la comunidad internacional, llamada a una cooperación eficaz y perseverante».

La Iglesia en primera línea

Como no podía ser de otra forma, en su calidad de pastor que viene a confirmarnos en la fe, en la esperanza y en el ejercicio de la caridad, una parte significativa de su discurso estuvo dirigido a la comunidad eclesial, porque la Iglesia, dice el papa: «no puede desentenderse de estas aguas ni de ningún lugar donde el hambre, la sed, la violencia, el miedo o el exilio sigan hiriendo la dignidad humana. Los discípulos de Jesús no pueden considerar ajeno el clamor de quienes gritan desde la noche».

Dejó bien claro, que la acogida y el acompañamiento de las personas migrantes está en el corazón mismo de la acción pastoral de la Iglesia y que no pueden quedar únicamente en manos de voluntarios o entidades especializadas, sino que constituyen una responsabilidad de toda la comunidad creyente; porque en palabras del mismo papa, ante esta realidad: «También la Iglesia debe dejarse interpelar. La acogida del migrante no puede ser algo secundario ni delegada únicamente a algunos voluntarios. Nos arrodillamos ante el altar para adorar a Cristo presente en la

Eucaristía, de quien recibimos la fuerza y el motivo para vivir la caridad; por eso, no podemos luego “pasar de largo” ante los cayucos y las pateras, pues de la oración brota todo servicio y a ella vuelve todo compromiso (cf. Lc 10,31-32)».

«Aquí llegan tantas vidas heridas, despojadas de casi todo, pero nunca de su dignidad. Aquí el Evangelio nos arranca del lugar cómodo del espectador y nos sitúa ante el hermano que llega».

Denuncia de la explotación y el tráfico de personas

Ya en el acto celebrado en la plaza del Cristo de la Laguna en Tenerife, el papa condenó de forma explícita y enérgica a las redes que organizan rutas mortales, trafican con seres humanos, explotan laboralmente a quienes migran o someten a mujeres y familias a situaciones de abuso y extorsión:

«Y desde esta plaza quiero dirigir una palabra clara a quienes se aprovechan de la desesperación; a quienes organizan rutas de muerte, trafican con personas, retienen documentos, explotan trabajadores, amenazan mujeres, engañan familias y convierten el sufrimiento ajeno en negocio. Deténganse. Conviértanse (cf. Mc 1,15). Las lágrimas y la sangre de estos hermanos claman a Dios y sus sufrimientos llegan hasta Él (cf. Gen 4,10; Ex 3,7-9). El dinero arrancado a la vulnerabilidad de los pobres no dará paz, ni honor, ni futuro (cf. Jer 22,13; Sant 5,1-6). Por cada vida perdida, cada familia engañada, cada cuerpo sometido, cada mujer amenazada, cada trabajador explotado habrán de com-



parecer ante la justicia divina (cf. 2 Cor 5,10). Rompan esas cadenas y liberen a quienes tienen bajo dominio (cf. Is 58,6). Devuelvan lo arrebatado y reparen cuanto puedan. Vuelvan mientras aún hay tiempo, porque la misericordia de Dios puede alcanzar incluso al pecador más endurecido, pero solo entra por la puerta estrecha de la verdad, la justicia y la conversión (cf. Ez 33,11)».

Un mensaje para el futuro

Pasado el momento del impacto emocional y mediático que nos ha dejado la visita del papa, nos toca ahora a nosotros, iluminados por su enseñanza, tras una lectura y reflexión serena, no dejar caer en saco roto todo lo escuchado y convertir sus palabras en acciones y proyectos pastorales concretos, encaminados a fortalecer espacios de acogida y escucha; favorecer la participación activa de las personas migrantes en la vida de la Iglesia; impulsar procesos de integración que respeten las identidades culturales; promover el diálogo intercultural e interreligioso; acompañar especialmente a las familias, a los menores y a quienes viven situaciones de mayor vulnerabilidad; y formar comunidades cristianas capaces de reconocer en la diversidad un don del Espíritu.

«La Iglesia no puede desentenderse de estas aguas ni de ningún lugar donde el hambre, la sed, la violencia, el miedo o el exilio sigan hiriendo la dignidad humana».

Esta acción pastoral exige también una espiritualidad profunda. No basta con organizar actividades o prestar ayudas materiales. Necesitamos aprender a descubrir a Cristo en quienes llegan cansados por el camino, heridos por la violencia,

la pobreza, la soledad o el desarraigo. La pastoral migratoria nace de la contemplación del Señor presente en el hermano que busca acogida y esperanza.

Al mismo tiempo, las palabras del Santo Padre nos recuerdan que nuestra misión posee una dimensión profética. Estamos llamados a ser voz de quienes muchas veces no son escuchados, a promover una cultura del encuentro frente a la cultura del rechazo, a denunciar toda forma de discriminación e injusticia.

Que María, Consuelo de los Migrantes, sea nuestra compañera de camino y nuestra fortaleza para llevar a cabo esta misión de seguir construyendo una Iglesia que acoge, acompaña, protege y promueve la vida de cada persona migrante, haciendo visible el rostro misericordioso de Cristo en medio del mundo.





Una red eclesial para acompañar la migración en la ruta atlántica, tejiendo hospitalidad y esperanza entre África y Europa

Fernando Redondo Pavón

Director del Departamento de Migraciones de la CEE



[De dcha. a izda.:] Mons. Fernando García Cadiñanos, obispo de Mondoñedo Ferrol y presidente de la subcomisión de Migraciones y Movilidad Humana; Mons. Víctor Ndione, obispo de Nouakchott (Mauritania); D. Fernando Redondo, director del Dpto. de Migraciones de la CEE, y el P. Steve Youm de Dakar (Senegal), miembros de la Red Eclesial de Hospitalidad Atlántica.

La ruta atlántica se ha convertido en los últimos años en uno de los corredores migratorios más complejos y peligrosos del mundo. Miles de personas procedentes de África occidental y del norte emprenden cada año una travesía marítima hacia las islas Canarias y el territorio europeo impulsadas por la búsqueda de seguridad, oportunidades y una vida digna. Sin embargo, este recorrido está marcado por numerosos riesgos y por una dolorosa realidad: la pérdida de miles de vidas humanas en el mar.

Ante esta situación, las Iglesias locales presentes a lo largo de la ruta han intensificado su compromiso pastoral y humanitario con las personas migrantes y sus familias. La experiencia acumulada durante años de acompañamiento, acogida y defensa de la dignidad humana hizo evidente la necesidad de fortalecer la cooperación entre las comunidades eclesiales situadas en los distintos puntos del recorrido migratorio (origen, tránsito y llegada). De esta convicción nació la Red Eclesial de Hospitalidad en la Ruta Atlántica (REHA).



Una respuesta eclesial a un desafío compartido

La REHA surgió a partir de una consulta promovida en 2022 por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, con el propósito de reforzar la colaboración entre las Iglesias que afrontan de manera directa las consecuencias de los movimientos migratorios en la ruta atlántica.

Impulsada por obispos, agentes pastorales y organizaciones eclesiales comprometidas con la movilidad humana, la red fue tomando forma como un espacio de encuentro, coordinación y solidaridad. Desde sus inicios, se planteó como un instrumento para facilitar el intercambio de información fiable, fortalecer la cooperación entre diócesis y favorecer una respuesta pastoral articulada a lo largo de todo el itinerario migratorio.

Actualmente, la REHA reúne a Iglesias locales y organizaciones presentes en Cabo Verde, España, Gambia, Guinea-Bisáu, Guinea Conakri, Mali, Marruecos, incluido el Sáhara occidental, Mauritania y Senegal. En este entramado territorial, las islas Canarias ocupan un lugar especialmente relevante al constituir uno de los principales puntos de llegada de la ruta.

Una visión centrada en la dignidad humana

La razón de ser de la REHA es construir una red eclesial capaz de promover la hospitalidad, la protección de la vida y el respeto a la dignidad de las personas migrantes en todas las etapas de su recorrido. Su misión consiste en apoyar a las diócesis y comunidades cristianas comprometidas con la pastoral migratoria mediante la cooperación, el intercambio de experiencias y la circulación de información que permita responder de manera más eficaz a los desafíos presentes.

Más allá de la coordinación institucional, la red busca generar una cultura del encuentro que reconozca en la movilidad humana no solo una realidad compleja y dolorosa, sino también una oportunidad para la fraternidad, el diálogo y la construcción de comunidades más inclusivas.

Los valores que inspiran la red

La acción de la REHA se fundamenta en una serie de valores que orientan su trabajo y definen su identidad.

La esperanza ocupa un lugar central. Inspirada por la visión de una humanidad interconectada, la red entiende la migración como uno de los grandes signos de nuestro tiempo: una realidad atravesada por la vulnerabilidad, pero también por la capacidad humana de encuentro, solidaridad y transformación.

«La razón de ser de la REHA es construir una red eclesial capaz de promover la hospitalidad, la protección de la vida y el respeto a la dignidad de las personas migrantes en todas las etapas de su recorrido».

El trabajo en red constituye otro de sus pilares fundamentales. La colaboración entre diócesis, congregaciones, movimientos y organizaciones eclesiales permite compartir aprendizajes, coordinar iniciativas y responder de manera conjunta a desafíos que superan las capacidades de cualquier institución aislada.

Asimismo, la REHA apuesta por la transformación social mediante la promoción de narrativas que contribuyan a superar los prejuicios y los discursos de rechazo hacia las personas migrantes. Frente a las dinámicas de exclusión, la red propone una visión basada en la fraternidad y el reconocimiento de la dignidad inherente a toda persona.

La convergencia de esfuerzos y la hospitalidad completan este marco de referencia. La cooperación entre actores diversos fortalece el impacto



de las acciones pastorales, al mismo tiempo que la acogida y el acompañamiento a quienes migran expresan el compromiso evangélico de las comunidades cristianas.

Una estructura al servicio de la misión

La REHA se configura como una red de cooperación eclesial sin personalidad jurídica propia. Su funcionamiento se apoya principalmente en las diócesis participantes, en los responsables de la pastoral de migraciones y en distintas organizaciones comprometidas con el acompañamiento de las personas migrantes.

La Coordinación General de la red está formada por un representante de la Conferencia Episcopal Española, en este momento el director del Departamento de Migraciones de la misma, un representante de las Iglesias del África occidental y un representante de la RAEMH (Red África-Europa para la Movilidad Humana).

Está asistida por una secretaría ejecutiva y cuenta con el apoyo de un representante del Dicasterio vaticano para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

Mirando al futuro

La Red Eclesial de Hospitalidad en la Ruta Atlántica representa una experiencia concreta de comunión entre Iglesias que comparten una misma preocupación pastoral y humana. En un contexto marcado por desplazamientos cada vez más complejos y por desafíos crecientes para la protección de los derechos de las personas migrantes, la REHA aspira a consolidarse como un espacio de cooperación, escucha y acción conjunta.

Su horizonte es claro: fortalecer la presencia de la Iglesia a lo largo de la ruta atlántica para acompañar a las personas migrantes y a sus familias desde una perspectiva de hospitalidad, solidaridad y fraternidad. En definitiva, una apuesta por construir puentes allí donde demasiadas veces predominan las fronteras.



REHA

RED ECLESIAL DE
HOSPITALIDAD ATLÁNTICA





Vigilia de oración

Delegación de Migraciones de la Diócesis de Guipúzcoa

112^a Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2026
«Incluso uno solo de estos pequeños».

El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí mismo (Mt 18,5)

CANTO INICIAL

«Que canten los niños». José Luis Perales

Que canten los niños, que alcen la voz,
que hagan al mundo escuchar.
Que unan sus voces y lleguen al sol,
en ellos está la verdad.

Que canten los niños que viven en paz
y aquellos que sufren dolor.
Que canten por esos que no cantarán
porque han apagado su voz.

Yo canto para que me dejen vivir.
Yo canto para que sonría mamá.
Yo canto por que sea el cielo azul.
Y yo para que no me ensucien el mar.
Yo canto para los que no tienen pan.
Yo canto para que respetes la flor.
Yo canto porque el mundo sea feliz.
Yo canto para no escuchar el cañón.



AMBIENTACIÓN

El cartel de la Jornada, una Biblia y una vela, el mundo, un camino de arena y piedra con huellas o calzados desgastados.

ORACIÓN INICIAL

En el nombre del Padre que me creó y creó toda la humanidad,
y del Hijo que me redimió salvando a dicha humanidad,
y del Espíritu Santo que me santifica y santifica al mundo. Amen.

Señor, te confiamos los niños, niñas y adolescentes migrantes, quienes, en muchas ocasiones, se ven obligados a abandonar su hogar por la pobreza, la violencia, los conflictos o la falta de oportunidades, afrontando situaciones de riesgo e inseguridad.

Los derechos y la dignidad de los menores migrantes están seriamente amenazados, lo que exige respuestas urgentes, eficaces y coordinadas.

Que tu Espíritu ilumine no solamente a las instituciones, sino también a las comunidades cristianas, a las familias y a cada persona creyente.

Que la acogida, la protección, la promoción y la integración sean motores para una solución definitiva en diferentes lugares, donde la realidad de los menores migrantes —especialmente los no acompañados— forma parte del debate social y político.

Danos valor para renovar el compromiso de la Iglesia con una cultura de la acogida, el encuentro y la protección de los más vulnerables.

La Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado es, ante todo, una invitación a la acción: a rezar, a sensibilizar y a implicarse. Porque, como nos recuerda el Evangelio, en cada niño y niña migrante está presente Cristo mismo. Y porque, también hoy, la fidelidad al Evangelio se mide en la capacidad de reconocer, acoger y cuidar —aunque sea— a uno solo de estos pequeños.

Tú nos dijiste Señor: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

Acepta, Señor, nuestra oración.

Canto:

«Venid conmigo». Ain Karem

Gesto: Una procesión de jóvenes o niños colocando velas encendidas alrededor de un icono de la Sagrada Familia, simbolizando a los menores no acompañados en rutas migratorias.

LITURGIA DE LA PALABRA

Evangelio (Mt 18,1-5.10)

En aquel momento, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?». Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: «En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos. El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí. Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial».



1. Claves de lectura

- Una precaución. Con mucha facilidad añadimos al texto una serie de virtudes ejemplares que atribuimos a los buenos niños. Nada justifica esta lectura. En la antigüedad se valoraba negativamente a los niños: físicamente débiles, inmaduros y por educar, incapacitados para el juicio. Además, bajo la autoridad ilimitada de sus padres su estatus social era semejante al de los esclavos.
- La clave del texto: «hacerse pequeño» (v. 4) o, más literalmente, abajarse, bajar de posición. En el Evangelio según san Mateo no se trata de una mera actitud interior de humildad: se exterioriza en la acogida de los débiles e insignificantes y en la solidaridad con ellos. Además, el término tiene un fuerte sentido cristológico: el abajamiento del propio Jesús hasta la muerte en cruz.
- La llamada a la conversión. El Señor no responde a la pregunta genérica de los discípulos con teorías o reflexiones. Les exhorta a cambiar radicalmente de vida y de mentalidad. Abajándose, ordenan su vida conforme a la voluntad de Dios, es decir, entrarán en el reino de los cielos.
- La seriedad del trato dado a los últimos. Acoger a un niño es acoger al mismo Cristo. Despreciar a un pequeño es vérselas cara a cara con Dios.

2. Aplicación a la campaña

- La Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado de este año centra nuestra atención en los menores migrados: niños, niñas y adolescentes. Ante los rostros más vulnerables de la movilidad humana que llegan a nuestra tierra, la Iglesia recuerda el gesto elocuente del Señor que llamó a un niño, lo puso en medio de los discípulos y cuestionó así sus deseos de grandeza.
- Los menores migrados aparecen con frecuencia en noticias y debates que dividen y polarizan nuestra sociedad. A menudo son presentados como un problema que gestionar; a veces, incluso como una amenaza o una carga. No se trata de idealizar a nadie ni de ignorar la complejidad de las situaciones. Pero el Evangelio nos recuerda que, en ellos, Cristo se nos acerca y nos llama a dejarnos convertir.
- Ante ellos resuena con especial fuerza la llamada de Jesús a convertirnos y abajarnos. Estos menores no son meros destinatarios de nuestra solidaridad, de nuestros proyectos o de nuestros servicios asistenciales. Son hijos e hijas de Dios, portadores de una dignidad que nadie les concede desde fuera y que ninguna situación personal, familiar, social o administrativa puede borrar.
- Por eso, acogerlos en nombre de Cristo significa custodiar su dignidad: protegerlos frente al desprecio, la sospecha, la instrumentalización, el abandono o la exclusión; escuchar sus historias; reconocer sus heridas; defender sus derechos; y ofrecerles vínculos seguros. Pero significa también promoverlos: acompañar su maduración personal, abrir caminos reales de educación, integración y participación, y favorecer que puedan desarrollar sus capacidades, asumir su protagonismo y aportar sus dones a la sociedad y a la comunidad cristiana.
- En la acogida, protección, promoción e integración de los menores migrados nos jugamos mucho: no solo el futuro más o menos fraterno de nuestra sociedad, sino también su presente. No solo la credibilidad de la Iglesia, sino su fidelidad al Evangelio y nuestra pertenencia al reino de los cielos.



Preguntas para la oración

- ¿A quién considero y trato de poner realmente en el centro de nuestras comunidades: a los más vulnerables o a quienes ya tienen voz, poder y reconocimiento?
- Cuando pensamos en menores migrados, ¿vemos primero un problema social, una amenaza, una carga institucional... o vemos a Cristo que se nos confía?
- ¿Qué resistencias despierta en mí la llamada de Jesús a «hacernos pequeños»? ¿Qué privilegios, seguridades o prejuicios temo perder?
- ¿Estamos dispuestos a dejarnos convertir por los menores migrados, o solo queremos «ayudarles» sin que cuestionen nuestro modo de vivir, creer y organizarnos?
- ¿Qué significa concretamente para mi vida la llamada de la Iglesia a acoger, proteger, promover e integrar a estos niños, niñas y adolescentes?
- ¿Hay alguna forma de desprecio —explícita, silenciosa o institucional— que estoy tolerando hacia los menores migrados?
- Si acoger a uno de estos pequeños es acoger a Cristo, ¿qué lugar real ocupa Cristo migrante, menor y vulnerable en mi oración, en mis opiniones y participación ciudadana?
- ¿Qué tendría que cambiar en nuestra comunidad para que un menor migrado pudiera sentirse no solo atendido, sino verdaderamente reconocido como hijo o hija de Dios?

Silencio. *Se puede poner una obra instrumental de TAIZÉ.*

TESTIMONIO

HAZI eta IKASI: CRECER y APRENDER

Me llamo M^a Rosa y soy religiosa jubilada. Participo en la pastoral con personas migradas de la diócesis y también soy miembro activo de la Asociación HAZI eta IKASI (Crecer y Aprender). Acompañamos y ayudamos a niños de familias migradas.

Nos reunimos los martes y jueves de 17h a 19h. Somos voluntarias del apoyo escolar. Los niños tienen entre 6 y 12 años y vienen de diferentes países huyendo de la guerra, la inseguridad y la violencia. El lema de este año va en consonancia con nuestro carisma vicenciano: «Lo que hagáis a uno de estos más pequeños a mí me lo hacéis» (Mt 25,40).

Participar en el apoyo escolar a niños y niñas migrantes ha sido una de las experiencias más enriquecedoras que he vivido dentro de la pastoral. Al comenzar, pensaba que mi tarea sería solamente ayudar con deberes y reforzar mate-

rias escolares, pero pronto comprendí que lo más importante era ofrecer escucha, cercanía y confianza.

También ha sido doloroso ver cómo algunos niños dejaron de acudir repentinamente al apoyo escolar debido a situaciones familiares difíciles. En muchos casos, la falta de estabilidad, las preocupaciones económicas o el escaso acompañamiento de los adultos terminan afectando directamente a los más pequeños, que quedan en una situación de mayor vulnerabilidad y descuido. Su ausencia deja un vacío en el grupo y nos recuerda la importancia de seguir creando redes de apoyo y cercanía para que ningún niño quede atrás.

Como comunidad pastoral, estamos llamados a construir espacios donde ninguna persona se sienta extranjera o sola. El apoyo escolar es una pequeña semilla, pero puede transformar vidas cuando se ofrece con amor, constancia y espíritu de acogida.



Gesto: se materializa en el centro, la figura de santa Josefina Bakhita, que sufrió en su niñez, y una imagen del pequeño Aylan cuyo cuerpo fue hallado en la orilla.

Se acercan al altar con velas representando los 5 continentes, y que se encenderán alrededor de estas figuras en honor a todos los niños mártires víctimas de la migración.

Vela de la acogida

Lector: Encendemos la vela de la acogida.

Por quienes llegan a nuestras fronteras cansados, heridos o rechazados.

Por quienes buscan un hogar, una palabra amable, una mano tendida.

Que nuestras comunidades cristianas sepan abrir puertas antes que levantar muros.

Que nunca neguemos hospitalidad a quien llama con miedo y esperanza. Porque, quien recibe al extranjero, recibe al mismo Cristo.

Todos: Señor, enséñanos a amar como Tú amas.

Vela del amor

Lector: Encendemos la vela del amor.

Por los niños y niñas migrantes que han conocido la soledad, el hambre o la violencia.

Por las familias separadas por las guerras, la pobreza o las fronteras.

Que aprendamos a mirar a cada persona con ternura y compasión.

Que el amor sea más fuerte que la indiferencia y el miedo.

Porque nadie es extranjero para el corazón de Dios.

Todos: Señor, enséñanos a amar como Tú amas.

Vela de la justicia

Lector: Encendemos la vela de la justicia.

Por quienes son explotados, discriminados o privados de sus derechos por ser migrantes o refugiados.

Por quienes arriesgan la vida en caminos de exilio y no encuentran protección ni dignidad.

Que los pueblos y las naciones trabajen por leyes más humanas y solidarias.

Que nunca nos acostumbremos al sufrimiento de los pequeños.

Porque toda persona posee una dignidad sagrada e inviolable.

Todos: Señor, haznos servidores de tu justicia y de tu paz.

Vela de la vida

Lector: Encendemos la vela de la vida.

Por quienes han perdido la vida en el mar, en el desierto o en las fronteras del mundo.

Por quienes siguen caminando con esperanza buscando un futuro posible.

Que esta luz recuerde que toda vida humana merece ser defendida, protegida y celebrada.

Y que, incluso en medio de la noche, Dios sigue acompañando el caminar de su pueblo peregrino.

Todos: Señor, que tu luz sostenga la esperanza del mundo.



Vigilia de oración

Gesto simbólico: una Biblia abierta en cuya página se lee el lema de la jornada

Lector: *Cada pequeño importa. Cada vida merece ser acogida.*

Cada rostro puede revelarnos la presencia de Cristo peregrino.

Que estas luces permanezcan encendidas en medio de nosotros como memoria del Evangelio y compromiso de nuestra fe.

Que nunca olvidemos que, en cada pequeño migrante y refugiado, Cristo mismo sale a nuestro encuentro.

Todos: *Amén.*

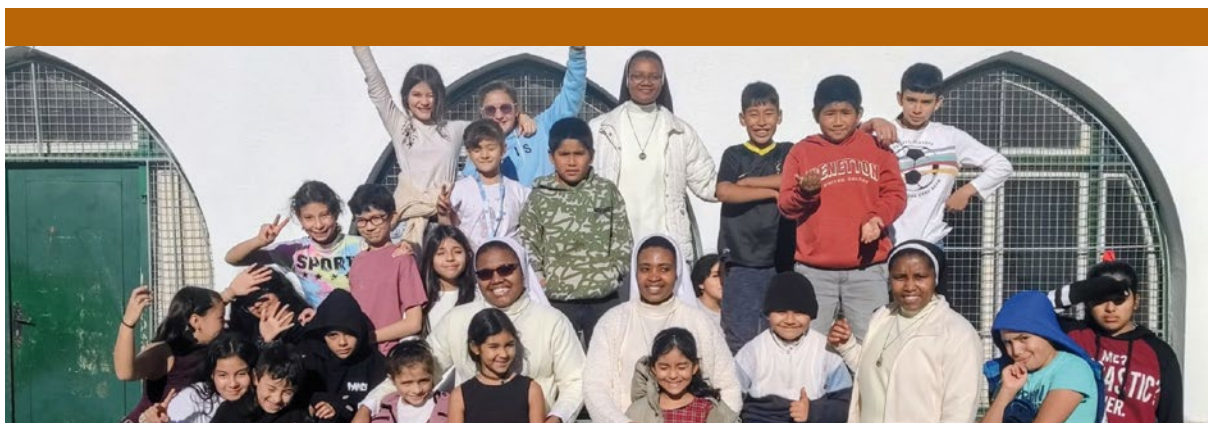
ORACIÓN A LA VIRGEN POR LOS NIÑOS Y NIÑAS ABANDONADOS

Virgen María, Madre tierna y compasiva,
acoge bajo tu manto a todos los niños y niñas que han sido abandonados.
Tú que conoces el dolor de ver sufrir a un hijo,
intercede por aquellos pequeños que carecen de amor y protección.
Consuélos en su soledad, llena sus corazones de esperanza y fortaleza.
Haz que nunca se sientan olvidados por Dios.
Envía a sus vidas personas de buen corazón
que los cuiden, los amen y les devuelvan la dignidad.
Madre del Amor, despierta en nosotros
la responsabilidad de proteger y defender la infancia más vulnerable.
Enséñanos a mirar con tus ojos misericordiosos
para ser instrumentos de consuelo y justicia.
Que tu ternura los envuelva cada día,
Y que nunca les falte la paz, el pan y el cariño. Amén.

PADRENUESTRO

CANTO FINAL

Santa María del camino





*Dios, Padre y Madre de todos,
tú que caminas al lado de los más vulnerables
y te haces presente en el rostro de la infancia desamparada,
te damos gracias por el valor infinito de cada vida humana.
Te rogamos hoy por todos los niños, niñas y adolescentes migrantes,
por quienes arriesgan sus vidas en desiertos, mares y fronteras.
Que nuestra fe no permanezca indiferente ni muda ante su realidad.
Haznos instrumentos de tu reino, donde nadie sea considerado extranjero
y todos nos sepamos hijos tuyos. Amén.*

JORNADA MUNDIAL del
MIGRANTE y del REFUGIADO

*Incluso uno solo
de estos pequeños*

“El que acoge a un niño como este
en mi nombre, me acoge a mí”

(Mt 18,5)